

de Indias, sin haberlos visto ó con poca reflexion y conocimiento, añade: «De los cuales cerca de estas primeras cosas á ninguno se debe dar más fe que á Pedro »Mártir, que escribió en latin sus *Décadas* estando aquellos tiempos en Castilla: »porque lo que en ellas dijo tocante á los principios fué con diligencia del mismo »Almirante, descubridor primero, á quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía inquirido, y de los demas que aquellos viajes á los principios hicieron. En las otras pertenecientes al discurso y progreso destas Indias algunas falsedades sus *Décadas* contienen (1). » Lástima es que un hombre tan docto y aficionado á escribir fuese tan descuidado y negligente para rectificar sus narraciones y corregir sus obras, como lo demuestra D. Juan Bautista Muñoz, aconsejando la reflexion prudente con que debe procederse en su lectura, para salvar algunos errores y equivocaciones, consiguientes á la facilidad y ligereza con que escribía.

D. Hernando Colon era todavía niño cuando su padre comenzó los descubrimientos, y así sólo pudo acompañarle en el cuarto y último viaje, sin haber cumplido los catorce años de edad. Ya manifestaba entonces disposiciones muy ventajosas (2), y en efecto llegó á ser hombre docto y curioso, que manejó despues con mucho tino y discernimiento los libros y documentos de su padre, para escribir la historia de su vida y de sus gloriosas empresas. Quiso con ella ilustrar la verdad de los hechos, que ya empezaba á oscurecerse en la pluma de otros escritores. Sobre el origen de la familia y patria del Almirante procedió con alguna reserva, exponiendo las opiniones ajenas sin declarar la suya propia. Con ella hubiera evitado tal vez las disputas y controversias que en nuestros tiempos han agitado muchos literatos de Italia. Igual circunspeccion guardó en algunos otros sucesos; pero en los que refiere habló siempre con verdad y exactitud, salvo alguna equivocacion fácil de discernir en buena crítica, como lo comprobó D. Juan Bautista Muñoz. No ha podido hallarse el original castellano de esta historia que tradujo al italiano Alfonso de Ulloa, cuya traduccion sirvió de texto á la española que publicó Barcia con tanta inteligencia: y por tanto pueden aún estas leves faltas ser efecto de la incuria ó poca inteligencia de ambos traductores.

Más celebridad ha tenido, fuera de España, Fr. Bartolomé de las Casas, porque sus declaraciones exageradas á favor de los indios y contra los conquistadores, han servido de apoyo á los enemigos de la nacion española para zaherirla y acriminarla con tanta ligereza como injusticia. Por fortuna no conocieron tan malignos autores ni las obras principales de Casas, que se conservan inéditas, ni el carácter y genio de este escritor, ni los sucesos de su vida, ni el motivo de la exal-

(1) Casas, en el prólogo á su *Historia de Indias*.

(2) Véanse algunas de las cartas de su padre en esta misma obra.

tacion de sus opiniones. Daremos una idea de todo ántes de exponer nuestro juicio y comprobarlo con algunos ejemplos.

Los ascendientes de Casas vinieron de Francia á la guerra de los moros, y San Fernando premió al que sobrevivió á la toma de Sevilla, dándole casa y repartimiento. De éste procedió Francisco de Casaus, padre de Fr. Bartolomé, que fué á las Indias con Colon en 1493, y volvió rico á Sevilla en 1498 (1). Entónces envió á su hijo á estudiar á Salamanca, y para servirle le cedió un indio esclavo que le habia dado Colon. Habiendo sido muy del desagrado de la Reina Católica el yugo de la esclavitud que aquél impuso á los indios, sin otra autoridad que la suya propia, mandó volver libres á su país á cuantos habian venido á España en esta clase. Entónces Bartolomé, ya licenciado en ambos derechos, tuvo que dejar el suyo en libertad, inflamándose su celo á favor de la suerte de estos miserables. Pasó con Ovando á la Española en 1502; fué ordenado despues de presbítero, y cantó la primera misa en 1510. Hallándose de consejero de Diego Velázquez en Cuba, abandonó este destino, y por dos veces vino á España para abogar por los indios, valiéndose del influjo y favor de los ministros flamencos. Volvió á Indias con despachos favorables; pero aburrido al ver que no se ejecutaban, y desengañado del mundo, tomó el hábito de predicadores en 1522. Extendíanse los descubrimientos: recelaba Casas sucediese lo que anteriormente y volvió á España en 1530. Regresó á Méjico con un diploma favorable del emperador, y corrió la Nueva España, Guatemala, Nicaragua y el Perú, con algun fruto. En 1539 fué enviado con comision á la corte para pedir nuevas leyes; padeció muchos trabajos; y cuando volvió en 1544 supo que le daban el obispado de Cuzco, que renunció; pero á poco tiempo le obligaron sus amigos á admitir el de Chiapa. Se consagró en Sevilla, y partió desde esta ciudad al Nuevo-Mundo. No fué bien recibido, y llegó á su Iglesia en julio del 47. Hizo renuncia desde allí, vino á Valladolid, donde residió, y habiendo pasado á Madrid para tratar en la corte un negocio grave sobre la audiencia de Guatemala, murió á fines de julio de 1566, y fué enterrado en su convento de Atocha, á la edad de 92 años.

De todas las obras que dejó escritas este prelado religioso, ninguna hay más importante que la *Historia general de las Indias*, en tres volúmenes, que alcanzan hasta el año de 1520, y se conservan originales manuscritos, los dos primeros en la Real Academia de la Historia y el tercero en la Biblioteca Real. Mostró en ella

(1) Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, (lib. 12, año 1493) asegura equivocadamente que Bartolomé de las Casas fué con Colon en su segundo viaje el año 1493; y de este escritor lo han copiado otros propios y extraños sin exámen y con sobrada credulidad. Nosotros, con presencia de las obras de Casas, seguimos en cuanto á las noticias de su vida, las que publicó con suma exactitud Fr. Antonio de Remesal, dominico, en su *Historia de Chiapa y Guatemala*, impresa en Madrid, año 1619, en un tomo en fólío.

su vasta erudición, pero con tan poca economía y parsimonia, que suele tocar en impertinente é inoportuna. Tuvo á la vista muchos documentos originales, de los cuales copió unos á la letra y extractó otros con puntualidad, y entónces sólo es digno del mayor crédito y estimación. Por esta causa, y por haber presenciado el autor muchos de los primeros sucesos de Indias, ha sido su obra como la fuente donde han bebido sus claras noticias muchos escritores, especialmente Antonio de Herrera en sus *Décadas* y en otros opúsculos. No merece tan entera y absoluta fé cuando refiere los hechos que le contaron otros; porque habiendo comenzado á escribir esta historia (según dice en el prólogo) en 1527, á los 59 años de su edad, y concluídola en 1559, cuando ya tenía 85 años, y confesando además que escribía siendo muy viejo lo que vió y no vió, y había pasado en el espacio de más de sesenta años, no es extraño que ya le flaquease la memoria, confundiendo unos hechos con otros, alterando su cronología, y aún los incidentes y causas que intervinieron. Pudiéramos citar muchos ejemplos, pero bastará el siguiente:

Supone que despedido Colon de sus primeras negociaciones en la corte y de las que despues entabló en Sevilla con el duque de Medinasidonia, le llamó el de Medinaceli al puerto de Santa María, donde le recibió con sumo agrado, y aficionándose á su conversacion le mantuvo en su casa, oyó sus proposiciones, comprendió la importancia de la empresa, aprontó el caudal necesario para ella, mandó construir los navios, y solicitó Real permiso para ejecutarla; pero la reina, dándole las gracias, le rogó cediese aquella negociacion á la corona, para lo que llamó de nuevo á Colon y mandó pagar al duque cuanto había gastado hasta entónces en la construccion y apresto de los navios: y en ellos diz que se hizo el primer viaje y descubrimiento. Añade Casas que esto le contó muchos años ántes un Diego de Morales, sobrino del mayordomo que tenía el duque, y fué causa de que éste oyese á Colon y aceptase su ofrecimiento (1). Si se compara esta narracion con varios documentos publicados ya, se verá que aun cuando hay en ella cierto fondo de verdad, varían notablemente las circunstancias, y entre ellas la de no haber hecho Colon su viaje en las naves que se dice había preparado el duque y comprado la reina, sinó en las que aprestó la villa de Pálos, como estaban obligados sus vecinos por sentencia del Consejo.

Para dar á conocer el carácter singular de este escritor, es preciso presuponer que su sistema sobre la conquista del Nuevo-Mundo, se reducía á que sólo la autoridad del papa pudo lícitamente constituir á los príncipes por soberanos de las tierras descubiertas, concediéndoles únicamente cierta supremacia, sin perjuicio de quedar los naturales reyes y señores con sus mismos é inmediatos señoríos, y

(1) Casas, lib. 1, cap. 30

con los súbditos que cada uno tenía anteriormente; pues así, dice, era conveniente para establecer allí la religion cristiana, que es el sólo título que en su concepto se podía alegar (1). En suma, la mansedumbre evangélica, la dulzura caritativa, la pacífica predicacion, eran las únicas armas que deseaba el obispo se empleasen en esta conquista espiritual. Por consiguiente, cuanto se desvia de este principio es á sus ojos un crimen, una usurpacion, una tiranía, un desórden. Si el Almirante propone los medios que juzgaba más prudentes para dominar la isla Española, el obispo no ve en ellos sino la opresion y destruccion de los indios (2): si escoge algunos para que sirvan de intérpretes, ó para presentarlos á los reyes, mira como una injusticia y ofensa de Dios y del prójimo el llevarlos contra su voluntad y separarlos de sus familias, aunque temporalmente: si les impone obligaciones de pagar algun tributo para sufragar los gastos de la empresa, y que los reyes viesen la riqueza ó las producciones de aquellos países, califica estas operaciones de tiránicas y violentas. En fin, siempre se nota al historiador dirigido, más que por un juicio recto, por una imaginacion acalorada; más que por la sana crítica, por un celo inoportuno y acre; más que por la política y conocimiento del mundo, por cierta austeridad propia del claustro, y más propenso siempre á reprender, zaherir y vituperar, que á referir los hechos, pesando su valor y consecuencias, examinando sus circunstancias y graduando su verdadero mérito. Irritado con las censuras y controversias que aun delante del emperador sostuvo con el obispo del Darien, y despues con Juan Ginés de Sepúlveda y otros, no es extraño que los resentimientos de su ánimo, las sugestiones del amor propio y las impertinencias de la vejez, quedasen estampadas en su historia al manifestar tan singulares aunque benéficas opiniones. Sus mismos apologistas lo han conocido así. Robertson las califica de *manifestamente exageradas*, y le abandona frecuentemente, buscando otra guía más segura é imparcial en varios lugares de su *Historia de la América* (3). El Padre Charlevoix, en la que escribió de la isla de Santo Domingo, despues de alabar la virtud, la erudicion y el celo de Casas, dice que su único defecto fué tener una imaginacion demasiado exaltada, y haberse dejado dominar de ella con exceso (4). Y, en fin, la Real Academia de la Historia formó igual concepto despues de haber examinado detenidamente el primer libro de esta obra célebre, juzgando inoportuna su publicacion, especialmente cuando de sus noticias históricas se han aprovechado otros escritores castellanos, con

(1) Prólogo á la *Historia de Indias*.

(2) Lib. 1, cap. 54.

(3) Lib. 5, en una nota.

(4) Lib. 5, pág. 233.

mejor crítica y con mayor prudencia y circunspección. Casas, en suma, aparece siempre un prelado y religioso lleno de virtud y de erudición, un escritor diligente y verídico, digno por todo de respeto y estimación; menos cuando tropezando en el punto de su tema ó idea dominante, se contraría su sistema de dominación en las Indias. De aquí dimana también la inconsecuencia de sus juicios y descripciones relativamente al carácter de las personas que intervinieron en los hechos, como tendremos ocasión de manifestarlo más adelante. Este es el inconveniente en que se incurre cuando se abandona la moderación y la prudencia; porque la verdad no se conoce jamás, antes bien es desatendida entre el tumulto de las pasiones exaltadas. Acaso el mismo obispo lo conoció así, cuando en 1560 puso de puño propio una nota, que se conserva en los dos primeros libros ó volúmenes, expresando que los dejaba en confianza al colegio de la orden de predicadores de San Gregorio de Valladolid, rogando á sus prelados que á ningún seglar, ni á los colegiales diesen á leer su historia por tiempo de cuarenta años, y que pasado este término se pudiese imprimir si convenía al bien de los indios y de España.

Otro de los historiadores clásicos de Indias es Gonzalo Fernández de Oviedo, cuyas obras aún no son enteramente conocidas del público. La principal, que es la *Historia natural y general de las Indias, Islas y Tierra-firme del mar Océano*, contiene cincuenta libros divididos en tres partes, de las cuales sólo la primera, que tiene diez y nueve, se imprimió y reimprimió con algún aumento, y se tradujo al italiano por Ramusio, y al francés por Juan Poleur. De la segunda parte sólo quedó impreso el primer libro, é inéditos los diez y ocho restantes, como toda la tercera parte, que comprende los últimos doce libros. Es sensible que no se publicasen todos unidos y correctamente, como se mandó por Real orden á don Francisco Cerdá y Rico á fines del reinado del Sr. D. Carlos III. Es cierto que Oviedo no era tan docto y erudito como Pedro Mártir y las Casas; pero por su aplicación y constante laboriosidad en observar, inquirir, recoger y coordinar cuanto presenciaba ó sucedía en su tiempo, así como por su continua diligencia en aumentar y corregir sus escritos, es digno de alabanza, é indispensable la lectura de sus obras para conocer la historia del Nuevo-Mundo, hasta la época de su fallecimiento; ya porque estuvo presente á varios hechos, ya por haber conservado algunas relaciones importantes de los descubridores, con quienes mantuvo correspondencia. No fueron tantos los documentos que tuvo de los primeros tiempos, y así refiere candorosamente y con poca crítica, cuanto oyó á personas que abusaron de su credulidad, ó halló adoptado por las tradiciones populares, que se adulteran más cuanto más se propagan y alejan de su origen. Nació Oviedo en Madrid el año 1478, y siendo paje del malogrado príncipe D. Juan de Castilla, se halló en el cerco de Granada, y vió entrar á los Reyes Católicos en esta ciudad después de conquistada. Estaba en Barcelona cuando fué herido el rey, y cuando Colon se

presentó en la corte con los indios que trajo de vuelta de su primer viaje. Refiérela él mismo en estos términos: «Y en aquel mismo año descubrió Colon estas Indias, »y llegó á Barcelona en el siguiente de 1493 años, en el mes de Abril, y falló al »rey assaz flaco, pero sin peligro de su herida. Aquestos notables se han traído á »la memoria para señalar el tiempo en que Colon llegó á la corte; en lo cual yo »hablo como testigo de vista, porque me hallé paje muchacho en el cerco de Granada, y vi fundar la villa de Santa Fé en aquel ejército, y después vi entrar en »la ciudad de Granada al rey é reina católicos cuando se les entregó, é vi echar »los judíos de Castilla, y estuve en Barcelona cuando fué ferido el rey, como se ha »dicho, é vi allí venir al almirante D. Cristóbal Colon con los primeros indios que »destas partes allá fueron en el primero viaje é descubrimiento: así que no hablo »de oídas en ninguna destas cuatro cosas, sino de vista, aunque las escriba desde »aquí, ó mejor diciendo, ocurriendo á mis memoriales desde el mismo tiempo »escritas en ellos.» Pasó en 1513 á Tierra-firme con el empleo de veedor de las fundiciones de oro: volvió á España dos años después, y en 1519 se hallaba de teniente de Pedrarias Dávila en el Darien, donde hizo distinguidos servicios. Regresó á la corte en 1523; en el de 26 le nombró el rey gobernador y capitán de la provincia é islas de Cartagena de Indias, y en 1535 alcaide de la fortaleza de Santo Domingo en la *Española*. Últimamente fué electo cronista general de Indias, y murió en Valladolid año 1557, á los 79 de su edad, habiendo servido más de cuarenta en la Casa Real, treinta y cuatro en las Indias, y pasado ocho veces el mar Océano (1).

Segun el testimonio de estos escritores coetáneos y fidedignos, y algunos otros de menor consideración, debe escribirse la historia de los primeros descubrimientos en el Nuevo-Mundo, pero examinándolos antes con juiciosa crítica y prudente discernimiento, cotejando sus narraciones y resultados para acrisolar más y más la verdad histórica, porque no todos los hombres ven las cosas de un mismo modo, ni las juzgan por las mismas reglas. D. Hernando Colon censura á Oviedo; el mismo D. Hernando es criticado severamente por Casas, á éste tampoco le han faltado sus censores y apologistas: unos escriben con precipitación y ligereza, otros con excesivo candor y credulidad; algunos con una reserva artificiosa indican lo mismo que quieren callar; y varios, llevados de una exaltación maniática, reprenden cuanto se opone á su sistema ó modo de pensar. En medio de tales embarazos y contradicciones, nada puede rectificar y dirigir el juicio del historiador tanto como los documentos auténticos y originales, que producidos por las circunstancias del momento están exentos de prevención y de parcialidad, y á veces por sus

(1) Baena, *Hijos ilustres de Madrid*, tomo II, pág. 354 y siguientes.